

VIVIR CON MIEDO...

En su primera cita hace ya cinco años, José llevó a Marta a la ópera a ver el Barbero de Sevilla. Al finalizar la función se fueron a cenar a un restaurante Japonés, dónde él había reservado un privado sólo para ellos, para así tener mayor intimidad. La cita fue todo un éxito.

José era todo un caballero, un chico bien educado, siempre dejaba que ella pasara primero, le retiraba la silla para que ella se sentara, de esos hombres que dicen las mujeres que ya no quedan. Todo lo que hacía le parecía poco para complacer a Marta.

Cuando se cumplieron dos años del inicio de su relación, José compró una casa a la que se fue a vivir con Marta. A los pocos meses de iniciar la convivencia, todo fue todo cambió.

No fue de golpe, un mal tratador no lo es desde que te da la primera paliza. Primero fue alejándola de sus amigas, a él no le gustaba que Marta saliera sola sin él, hay mucho golfo suelto y además sus amigas según él, ejercían una mala influencia sobre ella. Marta, por no discutir y darle gusto a él fue apartándose de ellas, cada vez que recibía la llamada de una de ellas, se disculpaba diciendo que aquel día tenía que acudir a una cena con su marido. Terminaron saliendo solo con los amigos de él. El siguiente paso que dio José fue alejarla poco a poco de sus padres, siempre que ella quería ir a verlos él le pedía que se quedara con él, que la necesitaba a su lado. Marta cedía a los deseos de José una vez más los llamaba y les decía que iría a verlos otro día, pero por unas cosas y por otras ese día cada vez llegaba más tarde.

Una noche, cenando con unos amigos de José, empezaron a hablar de política, Marta dio su opinión, era una chica inteligente, sabía bastante del tema, ya que había estudiado derecho y tenía suficientes conocimientos del tema. En cuanto ella finalizó de exponer lo que pensaba, él le dijo en tono autoritario:

-Marta, no digas tonterías, cállate y no hables de lo que no sabes.

A Marta no le sentaron bien sus palabras, pero no quiso entrar en su juego, se limitó a esbozar una leve sonrisa y a agachar la cabeza. No volvió a pronunciar ni una sola palabra durante toda la velada. Cuando los invitados se marcharon y ya en privado José le pidió perdón, reconociéndole lo mucho que se había pasado. Al día siguiente, llegó a casa con un hermoso ramo de rosas blancas, las preferidas de Marta.

Situaciones como la de la noche anterior se sucedían cada vez más a menudo, llegó el momento en el que Marta tomó la decisión de no volver a hablar en ninguna reunión en la que estuvieran juntos, se limitaba a sonreír y asentir a todo lo que dijera José.

La hermana de Marta, Laura, llevaba un tiempo avisándola, le decía que aquello no debía consentirlo, que así empezaban los maltratadores. << Qué tontería tan grande, Laura, José no es un maltratador, además yo no soy como esas mujeres, yo tengo un carácter fuerte e independiente y sabes que jamás consentiría que hiciera algo así conmigo >>.

Al cumplirse un año de vivir juntos, fue cuando llegó el primer bofetón. Marta se entretuvo a la salida del trabajo tomando unas cañas con una compañera, cuando llegó a casa, José la estaba esperando bastante alterado.

- ¿Dónde has estado? Es muy tarde, llevé más de una hora esperándote. Le recriminó en voz alta.
- Lo siento, estuve tomando algo con una compañera de trabajo.
- ¿Y te parece normal que tú estés por ahí juegas, mientras yo estoy aquí esperándote?
Eres una puta golfa, eso es lo que eres.
- José, ¿estás borracho?
- Sí, y a ti qué coño te importa

Marta no lo vio venir, sin que ella se lo esperara, le dio un bofetón tan fuerte que la tiró al suelo. Marta se quedó sin capacidad de reacción, sentía que la cara le iba a estallar, le ardía toda la cara. Su cuerpo temblaba, no podía levantarse porque sus piernas no respondían.

José se agachó junto a ella llorando, le pidió perdón, la abrazó, le dijo que la amaba, que no podía vivir sin ella y suplicó su perdón.

Durante los días siguientes, todo volvió a la normalidad, todo era como antes, todo era perfecto, él hacía todas las tareas de la casa, se entregaba por completo a ella, la invitaba a cenar todos los fines de semana. Volvía a ser el José dulce y cariñoso del principio.

Pero aquél cambio aparente no duró demasiado tiempo.

El segundo bofetón llegó apenas pasados dos meses del primero, a éste le siguieron varios más. Hasta que llegó el día, en el que los bofetones no se quedaban sólo en eso, fueron dando paso a las palizas.

Marta quería dejarlo, pero ella sabía que él la quería y siempre terminaba perdonándolo, él amenazaba con matarse si ella lo dejaba y eso era algo que ella no podría soportar.

Marta vivía con una sensación de pánico constante, si pillaba un atasco por llegar tarde, si la cena es que no ponía interés en prepararla bien, si el pantalón del traje no estaba bien planchado, era una inútil que no servía para nada; si hablaba con su hermana o su madre por teléfono es que no le prestaba la atención que él merecía, y así pasaba con cada cosa que Marta hacía.

Se encerró en ella misma. No salía más que para ir al trabajo y del trabajo a casa, no hablaba casi con su familia y sus conversaciones eran lo más escuetas posibles.

Cada vez que oía que la puerta se abría, su cuerpo se estremecía se le ponía un nudo en la boca del estomago y las piernas le temblaban tanto que le impedían mantenerse en pie. Su voz, había pasado de ser una voz alegre, vivaracha y fuerte a ser apenas se había quedado en un hilo de voz triste y monótona.

En una ocasión intentó denunciarlo, pero fue en vano. No le impusieron orden de alejamiento y él le pegó una paliza tan grande que hizo que Marta estuviera tres días en la cama sin poder moverse de ella. Él la amenazó con matarla si volvía a denunciarlo.

Marta no podía más, sentía que había muerto en vida.

Marta en ocasiones deseaba que acabara con ella, que la matara de una vez y así terminaría de una vez con el sufrimiento y el dolor constante que sentía.

Un día él empezó a pegarle más fuerte de lo habitual, no paraba casi no tenía tiempo de respirar entre golpe y golpe. Marta tenía que hacer algo, de seguir así la iba a matar.

Era ella o él.

Sin pensarlo, alargó el brazo y consiguió agarrar las tijeras de la cocina, con un movimiento rápido y seco se las clavó en la espalda. Él se retorció de dolor. Ella se las clavó una vez más, y otra y otra, estaba fuera de sí.

Después de varias veces, paró, estaba llena de sangre, pero no sentía ni miedo, ni culpabilidad, ni pena, sino un tremendo alivio.

Cogió el teléfono y marcó el 112. << Buenas, necesito su ayuda, he matado a mi novio>>.

